

cese muy al revés y sin tener ojo á lo que más importa, porque muchos, ó cebados con su deleite, ó ciegos del interese, ó convidados del ejemplo de sus padres y compañeros, ó atraídos con otros motivos, en tierna y flaca edad, cuando el juicio aún no tiene su vigor y fuerza, con poca consideracion y miramiento de lo que hacen, se arrojan á tomar estado con tanta temeridad, que tienen despues que llorar para todos los dias de su vida. Y con razon, pues queriendo todos sus negocios tan examinados y cernidos, y que haya vista y revista para ellos, sólo el de sí mismos, que es el que más les importa y que con mayor acuerdo se debe tratar, le tratan con descuido, escogiendo acaso el camino que han de seguir, y pagando esta culpa con la pena y descontento de toda la vida, como habemos dicho. Lo cual no les sucederia si tomasen por ley de su eleccion la voluntad de nuestro Señor, y por la regla de toda su vida, el fin para que Dios los crió, teniendo por fin al verdadero fin, y usando de los medios como medios, y no al contrario, pervirtiendo las cosas, y usando del fin para los medios, y de los medios haciendo fin. Y para esto aprovecha el recogimiento y la consideracion y oracion con que el hombre en estos ejercicios se apercebe, y despega de su corazon cualquiera desordenado afecto, y le dispone para recibir las influencias de Dios y la lumbre de su gracia, con la cual se acierta en esto y en todo, y sin ella, ni en esto, ni en cosa que buena sea, no hay entero acierto ni seguridad. Pero, con ser así todo lo que aquí habemos dicho, y tan universal y notorio el provecho de los ejercicios, no ha faltado quien ha querido escurecer esta verdad y poner sospecha en cosa tan puesta en razon y con la continua experiencia tan confirmada. Mas todos sus golpes dieron en vacío, y fueron flacas sus fuerzas y vanos sus acometimientos. Ca rompiéndose y deshaciéndose las olas de su contradiccion, se quedó en pié y en su fuerza, como una peña firme, la verdad desta santa doctrina. Porque la Sede Apostólica tomó este negocio por suyo, y despues de mucha informacion y gravísimo exámen, interpuso su autoridad y aprobó el libro de los *Ejercicios*, loándolos, y exhortando y persuadiendo á los hombres que los leyesen, tuviesen y hiciesen. Como claramente consta por las bulas de nuestro muy santo padre Paulo III, vicario de Cristo nuestro Señor; las cuales se publicaron el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, y andan impresas con el mismo libro de los *Ejercicios espirituales*, cuyo autor es el apostólico varon de quien tratamos, Ignacio.

#### CAPÍTULO IX.

Cómo cayó malo de una grave enfermedad.

Volviendo pues á la vida de Ignacio, que era la que habemos contado, aconteciale muchas veces que queriendo las noches dar un poco de reposo á su fatigado cuerpo, le sobrevenian á deshora tan grandes como ilustraciones y soberanas consolaciones, que embebecido y transportado en ellas, se le pasa-

ban las más noches de claro en claro, sin sueño, y le robaban el poco tiempo que él tenia señalado para dormir. Mas despues, mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso y que podria nacer de buena y mala raíz. Y examinando y tanteando bien, por una parte y por otra, todas las razones que desto se le ofrecian, al fin acordó que seria mejor despedirlas y darles de mano, y dar al sueño el tiempo necesario para su sustento. Pero ya estaba tan quebrantado de los excesivos trabajos del cuerpo y continuos combates del alma, que cayó en una grave enfermedad, en la cual los regidores y ayuntamiento de Manresa le proveian de todo lo necesario con mucha caridad, y con esta misma le servian muchas personas honradas y devotas. Llególe la enfermedad hasta el último trance de la vida, y aparejándose ya para la muerte y encomendándose á Dios de corazon, el demonio, que no dormia, le representó un molestísimo pensamiento, dándole á entender que no tenia de qué temer, siendo, como era, hombre tan justo y santo. Congojóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerzas, y con la memoria y confusion de los pecados pasados sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal. Pero, como no pudiese desecharla, fué gravísimo el tormento que sintió, y fué mucho mayor la fatiga que daba á su alma la lucha desta espiritual batalla, que el dolor y trabajo que daba al cuerpo la enfermedad que en tanto estrecho le ponía de la vida. Como se sintió algo mejor, y pudo hablar, comenzó á dar voces, y rogar y conjurar á los que allí estaban presentes, que cuando otra vez le viesen en semejante peligro y como agonizando con la muerte, á grandes gritos le dijiesen: «¡Oh miserable pecador, oh hombre desventurado, acuérdate de las maldades que has hecho y de las ofensas con que has atesorado la ira de Dios contra tí!» En convaleciendo un poco, luego se tornó á sus acostumbradas penitencias y asperezas de vida. Y así recayó la segunda y tercera vez. Porque con una determinacion de ánimo infatigable y perseverante trabajaba de vencerse en todo y por todo, y tomaba carga sobre sí más pesada de la que sus fuerzas podian llevar. Pero al fin la experiencia vista, y un grave dolor de estómago que á menudo le salteaba, y la aspereza del tiempo, que era en medio del invierno, le ablandaron un poco para que obedeciese á los consejos de sus devotos y amigos. Los cuales le hicieron tomar dos ropillas cortas de un paño grosero y pardillo, para abrigar su cuerpo, y del mismo paño una media caperuza para cubrir la cabeza.

#### CAPÍTULO X.

De la peregrinacion que hizo á Hierusalen.

Un año, ó poco ménos, estuvo en Manresa con la penitencia y apretura de vida que habemos contado. El cual acabado, llegábase ya el tiempo en que tenía determinado de ir á Hierusalen, y comenzándolo á poner por obra, salióse de Manresa y fué para Barcelona, sin tomar otra compañía

consigo que la de Dios, con quien deseaba tratar á sus solas y gozar de su interior comunicacion, sin ruido ni estorbos de compañeros. Y así, aunque muchos se le ofreciesen de hacerle compañía, y otros le aconsejasen y le rogasen ahincadamente que no emprendiese tan largo y peligroso camino sin llevar alguno que supiese la lengua italiana ó latina, para que le sirviese de guía y de intérprete, nunca lo quiso hacer, por gozar más libremente de su soledad y tambien porque, como andaba ya tan descarnada de sí y tan deshecho de todas las cosas del mundo, y con tan abrasados deseos se habia resignado y puesto en las manos de Dios nuestro Señor, queria estribar en solo él y estar colgado de su providencia paternal, de suerte que no se le derramase ni divertiese en las criaturas esta su confianza, ni se le disminuyese ó entibiase con la esperanza que podia tener en el ayuda y refugio del compañero. Y no solamente echó de sí el ayuda de los compañeros en este camino, sino tambien toda la solieitud y congojoso cuidado que del viático se podia tener, porque no hubiese cosa que le apartase desta su singular confianza que tenía puesta en solo Dios, ni le hiciese aflojar de aquel apresurado paso con que caminaba tan alentado y sediento á la fuente caudalosa de las aguas vivas, que es Dios. Halló en Barcelona un bergantin armado que pasaba á Italia, y una nave que estaba á la colla para hacer el mismo viaje. Trató de ir con el bergantin, pero estorbáronselo, y fué nuestro Señor servido que diese al traves y se perdiese en aquella navegacion. El patron de la nave dijo que le llevaria de balde en ella, con que metiese su matalotaje de tanta cantidad de bizcocho cuanta habia menester para el sustento de su persona, porque sin esta provision, no le queria recibir. Comenzó pues á tratar de la provision del bizcocho que le pedian, y juntamente á congojarse y affigirse, pareciéndole que esto era ir ya contra sus propósitos y contra el deseo de aquella perfectísima pobreza que Dios nuestro Señor le habia dado, y contra aquella confianza tan segura y filial, con que queria estar todo pendiente y colgado de la mano de Dios. Y con amargura de su corazon, hablando consigo mismo, decia: «¿Dónde está aquella tan cierta y segura confianza en Dios, que no te faltaria cosa ninguna de su mano? ¿Por ventura él no podrá darte pan, y poner la mesa en el desierto á su peregrino?» Y como no se supiese desenvolver por sí mismo, ni desmarañar destes enredos y pensamientos tan dudosos, determinóse, como solia hacer en las demas cosas, de proponer sus dudas y congojas al confesor, y decirle las razones que se le ofrecian por la una parte y por la otra, y el deseo tan encendido que nuestro Señor le daba de abrazarle con la perfeccion de la pobreza por su amor, y de hacer en todo lo que fuese más agradable á los ojos de su divina Majestad, y ponerlo todo en sus manos y hacer lo que él le dijese. Y en fin, por parecer del confesor, metió bizcocho en la nave, y como al tiempo del embarcar le sobrasen

algunas cinco ó seis blancas de las que le habian dado de limosna, que habia pedido de puerta en puerta, por no llevar para viático más de lo que no podia precisamente excusar, dejolas allí sobre un banco en la marina. En este tiempo era muy atormentado de la tentacion de la vanagloria. De suerte que ni osaba decir quién era, ni de dónde era, ni descubrir adónde iba, ni cómo vivia, ni qué pretendia, por no desvanecerse y ser llevado del aire popular y buena reputacion en que por ventura otros le tendrían. Pero volviendo á su navegacion, ella fué muy trabajosa, aunque breve, porque pasó una muy recia tormenta, y con los vientos recios y deshechos llegó en cinco dias de Barcelona á Gaeta, que es una ciudad en Italia, entre Nápoles y Roma. Este año, que fué el de mil y quinientos y veinte y tres, fué muy enfermo, y en él fué Italia muy afligida y trabajada de pestilencia. Por lo cual todos los pueblos y lugares tenian sus guardas y centinelas, que no dejaban entrar á los forasteros, y á esta causa padeció en el camino de Gaeta para Roma extraordinarios trabajos; porque muchas veces no le dejaban entrar en los pueblos, y algunas era tanta la hambre y flaqueza que padecia, que sin poder dar un paso más adelante, le era forzado quedarse donde le tomaba, hasta que de lo alto le viniese el remedio. Pero en fin, como pudo, cayendo y levantando, llegó á Roma el Domingo de Ramos, y allí visitó con gran devocion y reverencia las sagradas estaciones y santuarios de aquella santa ciudad, y tomó la bendiccion del Papa, que era Adriano VI. Estando en Roma, muchos procuraron de desviarle del propósito que tenía de ir á Hierusalen, dificultándole é imposibilitándole el camino, por ser tan largo y trabajoso, y en año de tanto peligro y lleno de tantas dificultades, que no se podrian vencer sin mucho dinero. Mas todas ellas no pudieron hacer mella en aquel ánimo determinado é invencible de Ignacio. Sólo le movieron á tomar siete ó ocho ducados que le dieron al tiempo de su partida (que fué ocho dias despues de Pascua), para pagar con ellos el flete de su embarcacion; los cuales tomó, vencido de los muchos peligros y espantos que le contaron. Pero salido de Roma, examinando lo que habia hecho, parecióle que habia nacido de temor humano y falta de confianza, y remordiale la conciencia y carcomiase entre sí. No porque le pareciese que era pecado tomar ó llevar dinero, sino porque no venia bien con la perfeccion de su desec, y desdecia en alguna manera del santo propósito que habia hecho de seguir una extremada pobreza en todas las cosas. Y así, reprehendiendo su flaqueza, quiso arrojar el dinero, mas despues le pareció mejor darlo á los pobres que encontrase, por amor de Dios, y así lo hizo. En el camino de Roma á Venecia pasó grandes fatigas y muchas dificultades. Porque, como todavia duraba la pestilencia, desechado, por el miedo della, de los pueblos, le era necesario dormir las noches en el campo al sereno, ó cuando mucho, debajo de algun por-

tal; y los caminantes que le topaban, como le veían descolorido y trashijado, unos huían dél á par de muerte, cuyo retrato parecia; otros que se le llegaban por el camino, como no pudiese él atener con ellos y andar á su paso, por su gran flaqueza, acereándose la noche, le dejaban solo, y apresuraban su camino, por no trasnochar en el campo. Mas el Señor, que dijo: «No te desampararé ni dejaré», visitó al desamparado y acogió siempre al desechado de todos, Ignacio. Porque una noche, despues de haberle dejado todos solo, yendo de Choza á Padua, en una campaña rasa le apareció Jesucristo nuestro Redentor, y maravillosamente le consoló con su dulce y soberana presencia, y le esforzó para padecer otras cosas más ásperas por su amor. Y de tal manera favoreció su camino, que ni á la entrada ni á la salida de la ciudad de Padua no le dieron las guardas ningun estorbo ni le detuvieron. Y la misma facilidad halló en la entrada de Venecia. Porque, no obstante que las guardas y soldados á todos los demas examinaban y escudriñaban, á solo Ignacio no hubo hombre que le tocara ni impidiese. Lo cual no aconteció así á los que en el camino le habian dejado solo y desamparado; ántes al revés, porque se vieron todos en mucho trabajo para poder entrar en la ciudad de Venecia. En la cual nunca quiso ir á hablar al embajador que en aquella república tenia el emperador don Carlos, rey de España. Porque no buscaba favor humano, ni tenia cuidado del dinero que era necesario para pagar el flete, ántes tenia certísima esperanza que Dios le haria fácil y próspera su navegacion, y que habia de llegar á aquella santa ciudad y consolarse y regalarse en aquellos lugares, consagrados con la vida y muerte de Jesucristo nuestro Señor. Tambien aquí en Venecia tuvo otro contraste y nuevas dificultades, que se le ponian delante para desmayarle y apartarle desta jornada. Porque, como el año ántes, de mil y quinientos y veinte y dos, el gran turco Soliman hubiese puesto cerco sobre la isla de Ródas (que en aquella sazón era de cristianos), despues de habérsela defendido muchos meses los caballeros de la orden de San Juan, y con maravilloso valor y con hazañas notables, á la postre fué entrada y ganada la ciudad é isla, con lastimosa pérdida de toda la cristiandad. Y puso tan gran pavor y espanto este triste acacescimiento en los mismos peregrinos que habian ya llegado á Venecia para pasar á Hierusalén, que dejando su propósito, se tornaban á sus casas por no poner en peligro sus vidas y su libertad. Y por esto muchos aconsejaban á Ignacio que librase este negocio para otro tiempo en que hubiese más sazón. Pero él tenia tan asentado en su corazon que aunque una sola barca pasara aquel año á Hierusalén, nuestro Señor le habia de llevar en ella, que no se debilitó ni se enflaqueció un punto de su segura y cierta y firme esperanza. El tiempo que estuvo en Venecia, como solia en otras partes, mendigaba de puerta en puerta su pobre comida, y las noches dormia en la plaza pública

de San Márcos, que es la más principal de aquella ciudad. Mas uno de aquellos señores del Senado le recogió en su casa con esta ocasion: estaba este caballero una noche durmiendo en su cama á buen reposo, con mucho regalo (que le suele tener la gente principal de aquella ciudad) (1), y al mismo tiempo estabase Ignacio pobre y desnudo en el suelo, sin que hubiese quien le albergase ni le dijese: «¿Qué haces ahí?» Estando pues el caballero en su regalo, oyó unas voces como que le despertaban y le decian: «¿Cómo que tú andes delicada y ricamente vestido y estés tan regalado en tu casa, y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Que tú duermas en cama blanda y ricamente aderezada, y que él esté tendido en el duro suelo al sereno?» Levantóse á estas voces el Senador, despavorido y espantado con esta novedad; sálese con gran priesa de su casa sin saber á quien buscaba ni adónde le habia de buscar. Y vase por las calles, y llegado á la plaza de San Márcos, halló echado á Ignacio en la tierra; y entendiendo que era él el que Dios le mandaba buscar, llévale aquella noche á su casa y trátale con mucho regalo y honra. De la cual queriendo huir Ignacio, se fué despues á casa de un español, que se lo rogó. Era duque de Venecia, en aquella sazón, Andrea Gritti, varon muy estimado en aquella república; fué nuestro peregrino á hablarle, y contóle en su romance castellano la suma de su deseo, y suplicóle que le mandase dar embarcacion. Hízolo todo muy cumplidamente el Duque, dando órden que le llevasen de gracia hasta Chipre en la nao capitana en que iba el nuevo gobernador que enviaba la república á aquel reino. Estando pues ya en esta esperanza, aguardando sólo el buen tiempo para hacerse á la vela, hé aquí otro nuevo trabajo y estorbo que nuestro Señor le envió para mayor probacion de su confianza. Habia ya salido del puerto la nave de los peregrinos, y estando para hacer lo mismo la capitana, dale una recia calentura á Ignacio, que le apretó mucho, y tomada una purga, se hizo la capitana á la vela; y diciéndole el médico que si se embarcaba aquel dia ponía en manifiesto peligro su vida, el peregrino, que era guiado y regido interiormente por otro divino Médico, ese mismo dia, con la purga en el cuerpo, se embarcó. Y proveyó Dios en la mayor necesidad, porque se mareó tanto y vomitó con la agitacion del mar, que comenzó luego á mejorar, y la navegacion poco á poco le fué cansa de entera salud. Cometíanse en la nave grandes pecados y maldades, las cuales Ignacio, tocado de Dios é inflamado con el fuego de su celo y espíritu, no pudo sufrir. Y así, comenzó á reprehenderlas con libertad cristiana y grande severidad. Y como los otros pasajeros no le pudiesen reprimir con decirle que le podía venir mal si de aquella manera hablaba, vino la cosa á términos, que tomando su acuerdo los marineros, le quisieron dejar en una isla des-

(1) Borrado.

poblada y desierta, donde habian de llegar. Mas al mismo tiempo del llegar á ella, con un súbito y arrebatado viento fué desviado el navío y apartado de la isla. De manera que no pudieron poner por obra su mal intento. Antes fué causa este viento de llegar más en breve á Chipre, donde alcanzaron la nave de los peregrinos, á la cual se pasó Ignacio, sin meter en ella otra provision que la que habia metido primero en la otra nave de Venecia, que era una firmísima esperanza en su Dios. El cual muchas veces, en todo el tiempo de su navegacion, se le apareció y con increíbles consolaciones y gozos espirituales le regaló y sustentó, y finalmente le llegó al puerto tan deseado de aquella tierra santa.

## CAPÍTULO XI.

Cómo visitó los santos lugares de Hierusalén.

Hallo en un papel, escrito de mano de Ignacio, que á los catorce del mes de Julio del año de mil y quinientos y veinte y tres se hizo á la vela y salió de Venecia, y el resto del mes de Julio y todo el mes de Agosto gastó en su navegacion. De manera que el postrer dia del mes de Agosto llegó á Jafa. Y á los cuatro de Septiembre, ántes del mediodía, le cumplió nuestro Señor su deseo y llegó á Hierusalén. Que de la particularidad con que el mismo padre escribió todo esto de su mano, se puede aún sacar su devocion, y la cuenta que llevaba en sus pasos y en las jornadas que hacia. No se puede explicar el gozo y alegría que nuestro Señor comunicó á su ánima con sola la vista de aquella santa ciudad, y cómo le regaló con una perpétua y continua consolacion todo el tiempo que estuvo en ella, visitando muy particularmente y regalándose en todos aquellos sagrados lugares en que hay memoria haber estado Cristo nuestro Redentor. Tenia ya determinado de quedarse en Hierusalén, y emplear el resto de su vida en visitar y reverenciar aquellos lugares sagrados, que por haber sido pisados de aquella santísima humanidad de Jesucristo nuestro Señor, parece que echan de sí fragancia y olor de devocion y santidad, y llamas de aquel inestimable amor que nos mostró en lo que en ellos por nosotros padeció y obró. Tenia tambien Ignacio deseo de emplearse, en todo lo que sus fuerzas pudiesen, en ayudar y servir á sus prójimos. Y para hacerlo mejor, fué al guardian de San Francisco y dióle las cartas que le traia en su recomendacion, diciéndole el deseo que tenia de quedarse en Hierusalén (que la otra parte de ayudar á las almas, ni á él ni á otro se la descubria), y que bien sabia que el convento era pobre, y que él no queria serles pesado ni cargoso. Que la limosna y caridad que le pedia, era solamente que tomase cargo de su conciencia para regirla y para oír sus pecados y confesarle; que en lo demas él tenia cargo de proveerse de lo necesario, sin darles pesadumbre. Dióle el padre guardian buenas esperanzas, pero remitióle á la venida del padre ministro Provincial, que estaba en Betleem. El cual venido

desde á poco tiempo, aconsejó á Ignacio que se volviese á Italia, alabando por un cabo su deseo, lleno de celo y devocion, y por otra dándole á entender que por ser indiscreto y poco recatado, por ventura se veria en peligros de perder la vida y su libertad, como otros muchos, que habian sido presos ó muertos por dejarse llevar de semejante espíritu de devocion y fervor inconsiderado. Pero, como Ignacio estuviere ya acostumbrado á no hacer caso de semejantes espantos y peligros, dijo al ministro Provincial que no podia dejar de quedarse si no hubiese de por medio cosa que le obligase en conciencia á no quedar, por entender que el no quedarse sería para mayor servicio de nuestro Señor. Entónces el Provincial le declaró que tenia facultad de la Sede Apostólica para enviar de allí los que le pareciese, y para descomulgar á los que en esto no le obedeciesen; y así, que le rogaba que tuviese por bien de se volver, y que sin escrúpulo ninguno se persuadiese ser esta la voluntad de Dios, pues él como amigo y hermano, y experimentado en las cosas de aquella tierra, se lo aconsejaba, y que lo hiciese así, si no queria que contra su voluntad usase de la facultad que tenia. Y queriendo mostrarle las bulas apostólicas en que se le concedia esta facultad, no lo consintió Ignacio; mas dijo que no habia para qué mostrarlas, pues él creia lo que le decia, sin otra prueba, como era razon. Y siguiendo la voluntad de Dios, que para mayores cosas le llamaba, dijo: «Padre yo os obedeceré, y lo haré así como me lo ordenais.» Mas estando ya con propósito de volverse, le vino un encendido deseo de tornar á visitar el monte Oliveto, donde en una piedra se ven hoy dia las señales que dejó impresas de sus divinos piés el Señor al tiempo de su subida á los cielos. Y con este deseo, se hurtó secretamente de los otros peregrinos, y solo, sin guía y sin compañía, y lo que es de mayor peligro, sin llevar consigo turco de guarda, con toda priesa subió al monte, y no teniendo otra cosa que dar porque le dejasen entrar, dió á la guarda un cuchillo de escribanias que llevaba. Y lleno de incomparable regocijo, fué con gran presteza á Bethfage. Mas luego dió la vuelta para el monte Oliveto, para más atentamente mirar á cuál parte caia la señal del pié derecho, y á cuál la del izquierdo, que en la piedra quedaron señalados; y porque otra vez le dejasen entrar dió á la guarda las tijeras que le habian quedado de las escribanias. Como los padres de San Francisco le echaron menos, entendiendo el peligro que corria de su vida, enviaron á buscarle á un cristiano (de los que llaman de la Cintura), plático de la tierra, que servia en el monasterio. Este le halló que ya volvía, lleno de gozo y consuelo, y arremetió á él con un palo en la mano, y con rostro severo y con un semblante enojado y espantoso le asió del brazo, riéndole ásperamente y amenazándole porque se habia metido en tan manifiesto peligro, y tiró de él, como que lo quisiese llevar medio arrastrando; pero Ignacio no resistió, ántes siguió con mucho